

3778

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 12 DE NOVIEMBRE DE 1933

NÚMERO 46



EL SEMBRADOR

¡ ECHA LA SIMIENTE !

Por GABRIELA MISTRAL.

El surco está abierto, y su suave hondor
bajo el sol semeja una cuna ardiente.

¡Oh, labriego, tu obra es grata al Señor!

¡Echa la simiente!

Nunca, nunca el hambre, negro segador,
a tu hogar te llegue solapadamente.

Para que haya pan, para que haya amor,

¡echa la simiente!

La vida conduces, rudo sembrador.
Canta himnos donde la esperanza aliente;
burla a la miseria y burla al dolor:

¡echa la simiente!

El sol te bendice, y acariciador
en el viento Dios te besa en la frente.

Hombre que echas grano, hombre creador

¡ prospere tu rubia simiente !

Alzaré mis ojos a los montes de donde vendrá mi socorro

(Continuación)

En el cortijo de Mattenecker, en la parte alta del pueblo, Rosita dormía dulcemente. Soñaba de las gloriosas montañas y de su creador en los altos cielos, del cual están tan próximas. Pero el labrador y su mujer aun estaban despiertos. También en su casa habían recibido un huésped: tío de la mujer, del pueblo de San Juan.

Muy avanzada la noche ya, todavía estaban hablando los aldeanos, y su conversación era muy seria y llena de preocupaciones.

—Me podéis creer—dijo el tío—, ahora se trata del todo o nada. De nada sirve que nos vean de vez en cuando en la iglesia. Ya conocen los cortijos y las casas donde hay biblias e himnarios. En el municipio de San Juan ha empezado ya la búsqueda de libros protestantes. Donde los han encontrado, allí han puesto soldados, que, con sus glotonerías y torturas, acaban con la gente. Dicen que el Arzobispo quiere a todo trance expulsar a los herejes, aunque crezcan en los campos nada más que espinas y cardos.

—Pero nosotros confiamos en la ayuda del poder protestante, en Regensburgo—dijo tímidamente la mujer del aldeano

Su tío se echó a reír.

—¿Dónde están los mensajeros que mandamos el año pasado a Regensburgo? Los podéis buscar en las cárceles de Salzburgo y Werfen. Los han calumniado como rebeldes contra el señor Arzobispo, y eso que han prometido sinceramente obedecerle en todo, únicamente en cosas de conciencia pedían que se les dejara su libertad. No hay otro remedio, Mattenecker; al que no hace penitencia con la vela en la mano a la puerta de la iglesia, le obligan a emigrar. Aquí, en Almenbihl, aun tratan a los herejes como en tiempos pasados; pero pronto soplarán otros vientos. Al subir la montaña me encontré a un dominico, seguramente uno de esos jesuitas, que llaman los perros de caza del papa contra los herejes. Se ha alojado en casa del párroco, ya veréis lo que sucederá; preparaos para emigrar o haced penitencia a la puerta de la iglesia.

Quedaron abrumados en silencio; luego continuó Mattenecker:

—¡No llores, Ursula! Hemos hecho mal hasta ahora en seguir los ritos de los católicos. Pero en nuestro viejo párroco siempre hemos visto que el Señor Jesu Cristo es lo principal para él, y que él es un buen cristiano; con éste, sí, se podía vivir en comunión: pero ya veo, ahora hay que darse

a conocer; pase lo que pase, si confiamos en la protección de Dios no debe haber nada de hipocresía y mentira entre Dios y nosotros. No llores, Ursula, queremos levantar nuestros ojos a los montes, de donde nos viene socorro. Nuestro socorro viene del Señor, que hizo los cielos y la tierra.

Durante las semanas siguientes, los corazones de los evangélicos de aquella comarca cobraron ánimo. El Arzobispo Firmian hizo saber que iban a examinar sus asuntos, todos los luteranos deberían inscribir sus nombres en los registros municipales.

—A Dios gracias y alabanzas—exclamó la mujer, mientras que limpiaba el traje de domingo de su marido—; no es tan malo este Firmian, como le pintan.

—Si—dijo él, y cogió el sombrero—, ahora son cuentas claras, a mí me gusta que no andemos más por caminos torcidos.

Alegremente se marchó a la ciudad para poner su firma en la lista de los evangélicos. Y como él lo hacía la mayor parte.

Era a principios de julio, cuando el jesuita padre Ignacio entró en casa del párroco con cara sombría:

—Malas noticias tengo que dar—comenzó, pero sus ojos, hundidos, brillaban como iluminados de una secreta alegría—. Buenos estamos en tierra de Almenbühl; vaya unas ovejas rebeldes que pastan en los prados de su parroquia. Nada menos que 20.000 herejes se han inscrito en las listas. ¿Qué os parece?

El párroco levantó las manos asustado:

—¡Padre, oremos por esta pobre gente extraviada! Podéis creerme, muchos de aquellos que se llaman evangélicos los conozco desde su juventud como mejores cristianos que aquellos que vienen diariamente a oír misa. Allí está el Mattenecker.

El padre rompió en una carcajada maligna:

—¿Este? No es sólo hereje, sino un rebelde. Era uno de aquellos que mandaron

una instancia al emperador en Viena, en la cual los evangélicos se quejaron del arzobispo. Pero los hemos cogido en la frontera. ¡Todos los que estaban metidos en este asunto lo pagarán caro! ¡Los soldados que habían pedido para su ayuda los tendrán; pero en sus casas! Estos les enseñarán lo que significa querer saber más que la santa madre Iglesia!

Al viejo le saltaron las lágrimas a los ojos:

—Me parece que con suave predicación y una vida ejemplar, sería más fácil recoger los rebeldes otra vez en el seno de nuestra Iglesia.

Padre Ignacio se rió desdeñosamente:

—Esto, el difunto Arzobispo lo ha probado durante veinticinco años; ahora vemos las consecuencias. ¡Pero me parece que no estaría demás examinarle a usted en la verdadera fe; es sospechosa tanta compasión con los herejes!

La figura del viejo se irguió, y sus ojos brillaban:

—Ya no tardaré mucho tiempo en dar cuenta delante de Dios, mi juez. Bien lo sé que he hecho mal muchas cosas, pero mi confianza en su gran misericordia es mayor que mis transgresiones. En la fe de nuestra iglesia he vivido, en ella quiero morir; pero si Dios se apiada de los pecadores y de los extraviados, ¿cómo me atrevería yo a no ser misericordioso?

Durante las palabras del viejo habían llamado, pero los dos hombres no lo habían oído. Ahora se abrió la puerta.

En el umbral estaba Rosita. En una mano llevaba un ramo de flores de los Alpes, en la otra un cestito con cerezas. Se acercó al párroco y, con cara radiante, le ofreció las dos cosas:

—Buenos días, señor cura. Aquí os traigo cosa buena. Quiterio ha traído estas flores de la sierra cuando bajó los quesos, y las cerezas, éstas son de mi propia cosecha.

Pregunté a mi madre, y ella me dió permiso para darlas a quien yo quisiera, y por eso las traigo a usted, señor cura, porque os quiero mucho y porque nos habéis leído una cosa tan bonita a mi padre y a mí, aquello de los montes, de lo que tengo que acordarme continuamente.

Al viejo se le escaparon unas lágrimas, cuando se inclinaba sobre la niña y la besó en la frente.

—Mil gracias, Rosita; voy a poner tus flores bonitas a la Virgen, y las cerezas van a ser el consuelo del enfermo Antonio. Me habéis dado una gran alegría!

La niña se puso pensativa por un momento; después dijo:

—No le agradaría más a la Virgen si lleváis las flores al Señor Jesucristo; quiero decir a un enfermo que no puede salir nunca y gozar de las hermosas flores? Habéis dicho una vez en el sermón que lo que damos a los enfermos, lo damos al Señor.

—Está bien—interrumpió la voz dura del P. Ignacio a la pequeña—; pero hay que honrar también a la santa Virgen y los benditos santos.

Rosita le miró asustada y se marchó de prisa.

—¿Qué chica era aquella que no quiso dar las flores a la santa Virgen?—preguntó el P. Ignacio.

—La hija de José Mattenecker, del cortijo en la parte alta del pueblo.

—En efecto, no me extraña de un pájaro de este nido.

El párroco miraba con tristeza su ramo de flores; las había regado con lágrimas de sus ojos.

Para Mattenecker había llegado mal tiempo. El primero de agosto, seis soldados se instalaron en su caso, revolviendo todo y quemando biblias e himnarios.

(Continuará)

Dentro de tí está el secreto

Busca dentro de ti la solución de todos los problemas, hasta de aquellos que creas más exteriores y materiales.

Dentro de ti está siempre el secreto; dentro de ti están todos los secretos.

Aún para abrirte camino en la selva virgen, aún para levantar un muro, aún para tender un puente, has de buscar antes en ti el secreto.

Dentro de ti hay tendidos ya todos los puentes.

Están cortadas dentro de ti las malezas que cierran los caminos.

Todas las arquitecturas están ya levantadas dentro de ti.

Pregunta al arquitecto escondido: él te dará sus fórmulas.

Antes de ir a buscar el hacha de más filo, la piqueta más dura, la pala más resistente, entra en tu interior y pregunta...

Y sabrás lo esencial de todos los problemas y se te enseñará la mejor de todas las fórmulas, se te dará la más sólida de todas las herramientas.

Y acertarás constantemente, puesto que dentro de ti llevas la luz misteriosa de todos los secretos.

AMADO NERVO.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: *Por un año*: en España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00

(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50

Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60, Madrid.